

UNIVERSIDAD

to les rodea, sin haber en su caso fecundo un campo, fructificando un árbol, hecho nacar una flor, o calmado una sed.

En general, en nuestro país, en todos los órdenes de la vida, al crear la conciencia de la propia responsabilidad en cada individuo, es un verdadero problema nacional. La teoría de los derechos del hombre viene dejando el lugar a la doctrina de las obligaciones del hombre. Al concepto individualista se substituye una amplia concepción solidarista; una concepción de obligaciones y deberes. Si la tenencia de los bienes materiales engendra responsabilidades y obligaciones, también la posesión de los bienes de la inteligencia, de la ciencia o de la técnica, del saber o del arte las trae consigo; si la propiedad de las cosas adquiere caracteres de función social, también función social debe ser el patrimonio de cultura y de conocimientos; y el hombre de ciencia no debe ser dueño sino depositario de un bagaje intelectual, y si no es dueño no puede aplicarlo exclusivamente en forma arbitraria a su personal utilidad, sino que debe ser como el árbol generoso que brinda sus frutos al que tiene hambre y la sombra de su follaje al caminante cansado, y el abrigo de sus ramas a los pájaros del cielo, y aún su mismo tronco hecho peazos, para mantener vivo el fuego de un hogar. Y lo hace sólo porque es árbol!

Yo creo que la Universidad no debe exclusivamente presidir una formación científica. Yo creo que la Universidad tiene fines más altos. Formación científica, sí; pero ante todo, formación de hombres útiles. La ciencia es sólo un ingrediente; al lado de ella, están también el carácter y la virtud; y estos últimos deben considerarse de tanta o mayor importancia que la primera pára la concesión de grados o títulos universitarios. Dice Angel Ossorio en su "Alma de la Toga": "En el abogado, la rectitud de la conciencia es mil veces más importante que el tesoro de los conocimientos" Y agrega: "No es médico el que domina la fisiología, la patología, la terapéutica, y la investigación química y bacteriológica, sino el que, con esa cultura como herramienta, aporta a la cabecera del enfermo caudales de previsión, de experiencia, de cautela, de paciencia, de abnegación..." Y lo que se afirma de la abogacía y la medicina debe extenderse a todas las ramas del saber humano. Para ser socialmente útil, no basta con ser sabio, es necesario también ser bueno.

El segundo fin hacia el cual he indicado debe orientarse la Universidad en Monterrey, es el de la difusión, conservación y guarda de nuestra propia cultura, asimilando también a nuestro medio la cultura Universal.

Finalidad lógica de toda Universidad, en la nuestra, la labor de difusión y conservación de nuestra propia cultura adquiere los caracteres de

problemas de extraordinaria importancia. Alejados de los centros en donde se ha condensado nuestra cultura heredada, la ciudad de Monterrey está sujeta a todas las influencias, entre las cuales la de nuestras tradiciones nacionales es de las de menos importancia en el pasado, vació la colonia los tesoros de cultura que nos brindara la madre España durante los siglos de la dominación. Y de ellas nos separa a nosotros el desierto. Estamos alejados material y espiritualmente. La vida colonial no dejó en nuestra región huellas materiales que nos ligen con nuestra tradición, que se ofrezcan a nosotros como símbolo de nuestro pasado histórico y de una cultura que por derecho debe ser la base de la nuestra contemporánea. Admiramos en el resto de nuestro país, con curiosidades y asombros de viajero en tierra extraña, monumentos y obras de arte que nos pertenecen, con los que deberíamos estar en íntimo contacto. Teniendo, por nuestra situación geográfica, vecindades peligrosas, y rotos o flojos los lazos espirituales que nos unen con lo nuestro, estamos desfigurando nuestro idioma, pervirtiendo la pureza de nuestras costumbres, e importando situaciones y actitudes, ideas y creencias, que no cuadran con nuestro peculiar modo de ser. Por un conjunto lógico de circunstancias, es en la capital del país en donde se genera el movimiento de nuestra cultura actual; y de ese movimiento estamos también desconectados. Ignoramos lo que tenemos, y nos consideramos inferiores por que no sabemos quiénes somos. De nuestra patria tenemos únicamente presente uno de sus aspectos, y no el más bello por cierto, y así, lentamente, pero seguramente, nos vamos desnacionalizando.

La Universidad de Monterrey debe desempeñar esa función augusta de acercarnos a lo nuestro, de difundir nuestra cultura propia, de conservar y transmitir los bienes espirituales que hemos recibido por herencia, brindándonos también todo el acervo de conocimiento y de belleza que constituye el patrimonio cultural del mundo, pero equilibrando las influencias para evitar que desaparezcan nuestras características propias que es necesario conservar íntegras para poder ofrecer también nuestra colaboración como pueblo dotado de personalidad distinta del adelanto de la humanidad.

"La composición social del pueblo mexicano", dice D. José Elguero en su "España en los Destinos de México", "es la misma hoy, es esencia, que en los tiempos de la colonia: el suelo, la raza, el idioma, la religión y las costumbres permanecen en el fondo idénticos, de manera que el estudio sereno, honrado e imparcial de los orígenes y formación de nuestra cultura sería utilísimo para orientar los espíritus hacia el propósito común,

EN NUEVO LEON



ESCUELA INDUSTRIAL FEMENIL PABLO LIVAS



ESCUELA INDUSTRIAL ALVARO OBREGON

hacia la tendencia patriótica de robustecer el nacionalismo, el carácter del pueblo, y la personalidad mexicana".

Esa labor de orientación es la que debe depositarse en las manos de nuestras Universidades, particularmente, porque es más necesaria en nuestra región, en la Universidad de Monterrey, la que obtendrá no sólo los caracteres de Instituto de enseñanza Técnica, sino de colaboradora en la obra importante, necesaria y urgente de integración de nuestra nacionalidad.

—(U)—

LA ORIENTACION IDEOLOGICA A LA UNIVERSIDAD DEL NORTE

—(U)—

Por el Prof. Fortunato Lozano.

—(U)—

(De El Porvenir.—Nov. 17 1931)

La fundación de una Universidad en Monterrey, no sólo serviría para robustecer nuestra incipiente cultura, sino que llenaría un vacío donde el progreso, en el ejercicio de las actividades comunes, ha alcanzado muy resonantes victorias. Positivamente no es poca la fama conquistada por nuestro medio en lo que atañe al desarrollo comercial e industrial, pero es de notoria observancia que en los campos de la inteligencia poco hemos avanzado y, por lo tanto, tal deficiencia no se compensa, en manera alguna, con los arranques desplegados en los aspectos ordinarios de nuestro mejoramiento.

Es indispensable pues, que nos demos cuenta de la necesidad de establecer centros de educación, donde nuestros jóvenes puedan encontrar seguro aliciente para la altiveza de sus espíritus. Jamás ambientes de indiferencias y de desdén provocan decisivos entusiasmos, nunca círculos de raquítico empuje produjeron audaces pensadores, en ninguna ocasión campos ensombrecidos por el desaliento estimularon las fatigosas elucubraciones de la idea.

Fué en la Grecia apasionada y fecunda, en la patria clásica del pensamiento, donde, bajo los auspicios de los oráculos délficos, floreció el más grande de los filósofos de la antigüedad, el nobilísimo Sócrates, que al fin brilló con gallardía inimitable su propia existencia por defender la verdad. Fué en aquel escenario, en aquel palenque de la más prestigiosa de las remotas culturas, donde irguiéndose al toque mágico del escudo de Palas Atenea, espíritus que cerraron con sus atrevidas especulaciones un ciclo en que la inteligencia formuló doctrinas y conceptos que han servido de índices resplandecientes a las búsquedas filosóficas

de todas las edades. Pre-socráticos y post-socráticos, precesores y cotinadores del padre de la filosofía, en conjunción admirable, en labor unida y armoniosa, fueron y siguieron siendo los maestros del mundo. Casi no hay ninguna apreciación de la conciencia humana que no haya estado presente en las mentes de aquellos colosos del pensar. Un afán inexhausto los arrojó con incontenible ardentía por el sendero de las aventuras siempre acerbadas, pero también perennemente fascinadoras de la suprema investigación.

Alejandría, con su ensordecedor barullo de pensadores nómadas, con sus viajeros ulutantes, ávidos de ideaciones cosmopolitas, con su gigantesca acumulación de infolios allegados de todas las latitudes y que informaban las más complejas y peregrinas doctrinas, hizo resplandecer bajo su cielo plácido, aquel avivamento sorprendente que en la historia de la filosofía se conoce con el adecuado nombre de neoplatonismo; porque, en verdad, en esa palingsia del inteiecto, las teorías de Platón fueron reducidas a la más genuina esencia y puestas al servicio de una ennoblecedora especulación. Filón de Alejandría abre entonces los olvidados senderos de la metafísica, y Plotonio arrebató los espíritus para hacerlos gozar al fin de las insuperables delectaciones del éxtasis.

Centros de inquietantes impulsos propiciaron, de cuando en cuando, los escasos pero, atrevidos movimientos culturales de la medioeva creación; y la humanidad sorprendida y atónita, pudo conocer, durante aquellas andanzas, los maravillosos vuelos de Giordano Bruno y de Kepler, del Dante y de Rogerio Bacon, de Erasmo y de Abelardo. Sólo en contadas épocas de oposición e intransigencia, por una gallardía que sobrepasa obstáculos al parecer irreductibles, resultaron espíritus de heroicas acometividades como Renato Descartes, fundador ya de la filosofía moderna, y el integérrimo judío de Amsterdam, Benito Espinosa, el insigne comentador y continuador de la audacísima doctrina del cartesianismo. Por lo demás, pensadores de tan alta estrofa como el intrépido Manuel Kant, lo mismo que sus antecesores y continuadores, gozaron, casi siempre, de circunstancias verdaderamente favorables para la búsqueda de la verdad.

Los nuevos aspirantes a la filosofía ufánanse hoy de contar con centros culturales de la más alta importancia, donde todo apoyo y todo aliciente encontrará quien se sienta con entusiasmos, para plegarse gallardamente las azarosas aventuras de los excelsos vuelos del espíritu. En las campañas del pensamiento fueron las bregas de la filosofía las últimas que se empeñaron para dar cima a todo empuje cultural. Es hoy, después del robusto impulso que en nuestra patria desarro-

llaron espíritus de tan sólida sapiencia como Gabino Barreda, Justo Sierra y Porfirio Parra, y que culminó con la brillante creación de la Universidad de México, cuando han aparecido entre nosotros pensadores y escritores que son gloria no solamente nuestra, sino del progreso del mundo.

Todos conocemos la intensa y copiosa labor realizada por Antonio Caso y por José Vasconcelos en el terreno del arte, de la ciencia y la metafísica; por Nemesio García Naranjo y Alfonso Reyes en los amplísimos horizontes de la literatura de ambos continentes; por Enrique González Martínez, Amado Nervo y Rafael López en el noble sacerdocio de la poesía pura, y por una legión incontable de talentos púgiles en las múltiples y variadas actividades del movimiento periodístico actual.

No es, sin embargo, la victoria obtenida por la inteligencia el único fruto que deberíamos exigir de nuestros educadores al reunirse y laborar bajo los auspicios de una Universidad, sino que, al amparo de tales propósitos, deben ejercitarse virtudes más nobles que las puramente especulativas; puesto que hay que encaminar el anhelo hacia el mejoramiento moral, coronación prestigiosa, remate lúcido de toda cultura que se precie de ser genuinamente humana.

Nada habrán alcanzado de extraordinario, quienes, en las recias pugnas del pensamiento, no hayan sobrepasado las cumbres harto comunes de lo meramente intelectual. Casi en todas las épocas se ha tratado de completar la tarea del entendimiento con los severos retoques de las excelencias éticas, y en esta ocasión hay motivos especiales para reclamar de nuestros colegas un empeño más constante, puesto al servicio de la realización de tan valiosa exigencia, ya que son palpables la flojedad y el abandono en que se tienen hoy los imperativos del deber. Ya lo expresé oportunamente uno de nuestros conferencistas, aludo al fervoroso y culto Eusebio de la Cueva: fortalecer el carácter es tarea que debe tener muy en cuenta toda obra educativa. En efecto, la influencia que pudiera ejercer nuestra soñada Universidad, resultaría estéril si no lograrse, entre sus múltiples propósitos, templar los espíritus en los férreos yunques de las humanas actuaciones.

Sólo de esta manera haremos de veras trabajo encomiástico ante las juveniles legiones que se preparan para una vida abierta hacia las perspectivas de un progreso dignificador. Tales circunstancias, darían motivo a la creación de una atmósfera de liberalidad; nuestras campañas se realizarían en horizontes despejados, y las falanges de incipientes batalladores saldrían de nuestras aulas, para enfrentarse valientemente a las situaciones más comprometidas, con ese aire de

suficiencia y de arrogancia que enaltece siempre a los propugnadores de la lealtad y del honor.

Convengamos de una vez por todas que nuestra tarea de educacionalistas habrá de preparar, en ese medio que tantos anhelamos, grupos conscientes de su trascendentalísima misión; espíritus cuya pujanza tendría que sostener las más encarnizadas batallas, para destruir al fin, con empeño arrollador e incontrastable, murallas de conservatismos, detritus de tergiversaciones, barreras de opresión.

Hay que no perder de vista que entre los valiosos beneficios que nos aportaría la creación de una Universidad está el de que, a favor de su movimiento educativo, provocaríanse saludables e interesantísimas polémicas acerca de toda suerte de doctrinas; lo mismo sobre las que revistiesen un carácter social, económico o científico, como sobre las que por su profundidad y trascendencia filosófica tuvieron estrecha conexión con las concepciones fundamentales del mundo y de la vida.

Todos nos hemos percatado del propósito que anima a los jóvenes, y a veces hasta a las personas de edad madura, de esclarecer en su conciencia problemas cuya interpretación comprometen la honestidad, la dignidad y a veces hasta la buena práctica que debería seguirse en el ejercicio de los usos y costumbres domésticos. El juicio sufre a menudo peligrosas vacilaciones; y si los espíritus no están preparados para una severa actitud, o si pierde la oportunidad para llevar a cabo un impulso benéfico, o se cae en una viciosa y contrariante resolución.

Harto conocida es, por otra parte, la circunstancia de que los pensadores, cuando favorecidos y estimulados por un ambiente de libertad, ejercieron decidido influjo, tanto sobre los pueblos como sobre sus propias instituciones políticas. El grado de ilustración y de fortaleza moral dió casi siempre la regla, reveló el signo de cómo se rigieron y condujeron las sociedades hasta en sus funcionamientos más íntimos; si alguna vez, regímenes gubernamentales no fueron precisamente la copia fiel de la alteza de miras que prevaleció entre los que regularon la lucha de las ideas, ésto no fué, sino para que se palpase de la manera más viva, hasta qué punto las tendencias innobles arraigadas en el espíritu, se oponen siempre a las sugerencias eternamente salvadoras de la razón y de la verdad. Cuando, sin embargo, la conciencia de los pueblos quedó permeada por el conocimiento del bien, o se abrió paso sin reservas a la justicia, o los transgresores cayeron en situaciones tan absurdas que les orilló pronto a un definitivo descalabro.

Los pueblos necesitan de la propaganda de la sabiduría, no sólo porque con ella se esclarecen,

como dijimos ya, enigmas íntimos que conturban a cada momento su corazón, sino porque las evidencias del deber halladas en el fondo de la conciencia, les dá fortaleza para luchar sin descanso en pro de los humanos destinos.

Por demás estará decir que la creación de la Universidad vislumbrada por la Federación Estudiantil de Nuevo León deberá tener carácter francamente autónomo, si se quiere que sus programas e íntimos funcionamientos queden a cargo de sus propios colaboradores. En tales circunstancias, las generaciones que salieran de su seno, serían elementos bien compenetrados de su elevadísima misión, libres de todos perjuicios, audaces en el pensar y en el acometer, aptos, por fin, para abrirse paso por entre los mil obstáculos que oponen siempre ante toda obra regeneradora, los siniestros representantes de la sinrazón y el retroceso.

La marcha que habrán de emprender los nuevos combatientes será difícil por demás, si tomamos en consideración las resistencias que hay que vencer, para lograr los inapreciables frutos de una firme y decorosa actitud. Todo se allanará, sin embargo, con una fuerte dosis de esperanza y con la entereza propia de quienes pugnan con decidido empeño por las realizaciones del bien.

No hace mucho, un apreciable estudiante, de los que ocupan hoy lugar distinguido entre sus camaradas, me decía con acento un poco amargado por la evidencia que le proporcionarían quizá los hechos por él mismo palpados, que el ideal no puede ser sostenido siempre con el ardor, con la tensión del espíritu, con la nobleza del alma de las primeras acometividades de la vida, puesto que continuaba argumentando mi interlocutor apenas rebasados los linderos de la juventud, una perspectiva asoladora se ofrece a los ojos del incipiente paladín; ya que el mundo se le presenta entonces, como un verdadero campo de Agramante, como teatro de enconadas reyertas, como escenario donde queda patentizada a cada momento, la sombría sentencia que informara el recalitrante escepticismo de Hobbes y según la cual "el hombre jamás dejará de ser el lobo del hombre".

No estoy, le contestaba a mi amigo, con dejo amable aunque con mi decisión de siempre cuando se trata de dilucidar estas intrincadas materias, no estoy conforme con el sentir de los que admiten tolerancias ante las mixtificaciones de la verdad, puesto que a la postre, siguiendo tan tortuosos senderos de acomodamiento y de contemporización, nos damos cuenta de que todo desvío de la genuina práctica del deber, no nos proporciona jamás una posición absolutamente segura; y sí, quedamos exhibidos ante nuestra propia conciencia y ante la conciencia de los demás, como oprobiosos simuladores sin provecho alguno definiti-

vo, como perversos oportunistas sin la codiciada y repugnante compensación. Nada más falso que las actividades inicuas, que los fines ayunos de la conveniente preponderancia ética. Cuantas veces nos propusimos una maniobra sucia, una triquiñuela infame, un calculado golpe hacia el blanco de nuestras torcidas esperanzas, nos duró muy poco la impúdica refocilación, si no nos falló inopinadamente nuestro intento como zarpazo de león en el vacío.

Hay que dirigir a los jóvenes hacia proezas de triunfos por el bien, por la verdad y por la belleza, que todo ello envuelve la más alta idealidad de la vida. No todos estarán llamados seguramente, con igual rigor a ser factores decisivos para el logro de tales excelencias; los que sienten bullir en sí mismos férvidas esperanzas, encontrarán de este modo abierto el camino y se regocijarán en el juego enaltecedor de las superaciones del espíritu.

Habrà, por supuesto, que desterrar de antemano, recalitrantes pesimismo que anonadan prematuramente los entusiasmos. La verdad no es una cosa muerta, una hipótesis fría, una obra inventada por el sueño del hombre; ella responde a la realidad gloriosa y tiene un destino que acabará por redimir al mundo de sus miserias, de sus abatimientos y de sus crímenes. Lo que precisa, es contar con una amplia concepción; no creer que los beneficios del progreso han de atañer a nosotros y nada más a nosotros, sino que debemos dirigir todo esfuerzo y toda ardencia al bien universal, a la suspirada manumisión de la familia humana.

¡Cuántos desalientos sembraron en los corazones los pensadores de la brumosa actitud moral, de los cuales Schopenhauer fué el más escalofriante espécimen, al poner de bulto tan sólo los aspectos siniestros de la existencia; pero en cambio, cuántas pujanzas suscitaron por ejemplo, Hermann Schell, Rodolfo Eucken y Eugenio Dühring (para no eludir sino a los nuevos apóstoles) al señalar, aunque en perspectivas lejanas, las oportunidades que tienen el bien, la verdad y la belleza para una segura y completa realización!

Señoras y señores: quiero concluir mi discurso, dirigido especialmente a la juventud que se hunde a veces en la pasividad, o que se agita luego en atisbos de orientaciones fijas para el acamiento de las más nobles empresas conque puede soñar el ansia humana, con estas voces llenas de armonía y de atingencia, que he transcrito libremente de Fausto de Goethe: "Pierde, amigo, si quieres, este día en el ocio; la dolorosa historia tornará mañana, y otra vez quedará más aún comprometida tu laxitud. Toda indecisión va enlazada fatalmente a su propio retardo, y días pasarán